

El poder de la apariencia Construcciones escolares del cuerpo¹

JOHN JAIRO URIBE SARMIENTO²

Presentación

¿Cuáles son las relaciones de fuerza que atraviesan los modos de vestir, de adornarse, pero también, de “aparecer” ante los demás? ¿Cómo dan forma a los cuerpos estas fuerzas? Una primera faceta de la cuestión se refiere a las diversas dinámicas que constituyen las fronteras que expresan los diferentes modos de vestir: los ropajes no sólo expresan búsquedas personales de expresión, sino que se hacen signo de señalamientos, insultos, fragmentaciones y luchas complejas.

La segunda dimensión, quizá más compleja, se refiere a la lógica que ha producido sujetos afanados por su apariencia, por su singularidad, por su diferencia: ¿a qué tipo de procesos se articulan estas sensibilidades tan adeptas a producir apariencias agradables para los demás?, ¿implican ciertas formas de alienación, o, por

1 En la revista *Lúdica Pedagógica* N° 2, Vol. 17 (Uribe y Acosta, 2012) aparece una primera versión de este documento. En esta ocasión, se profundizan los aspectos metodológicos, se profundiza en el análisis y se amplían las conclusiones.

2 Investigador, en Jóvenes y subjetividades, Director del Departamento de Ciencia Política, Universidad de Ibagué. Antropólogo, Universidad Nacional de Colombia; Especialista en Planificación y Administración del Desarrollo Regional, Universidad de los Andes; Master en Ciencia Política, Universidad de los Andes; Doctor en Ciencia Política, Universidad Nacional de Colombia.

el contrario, se trata de nuevas formas de organización social que promueven otras libertades que apelan, al mismo tiempo, a otras dinámicas de control?

La primera parte del presente artículo se refiere a la primera dimensión, que denominaremos “relacional”, en tanto que se trata de los modos como las apariencias esbozan mapas de cercanías y distancias entre los hombres y mujeres jóvenes estudiantes que han participado del proyecto de investigación Representaciones Sociales e Imaginarios Corporales en Estudiantes de 4° y 5° ciclo³, adelantado por el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP. Posteriormente, se avanzará en una discusión sobre la relación entre estética, poder y resistencia, haciendo énfasis sobre las lógicas de producción de las subjetividades a través de las modulaciones estéticas, específicamente, del modo como los ropajes contribuyen a las construcciones sociales de las corporalidades.

Conviene recordar que estas cuestiones no son de poca monta en tanto se refieren a un aspecto central de la reproducción del capitalismo contemporáneo: el modo como se produce la materia prima básica esencial para su supervivencia, esto es, las subjetividades encarnadas⁴. Las modas y por tanto las formas como se modela el “buen” y el “mal gusto”, no pueden entenderse como asuntos meramente individuales, o puramente frívolos, sino que remiten a las dinámicas que pretenden dar forma al cuerpo, a sus volúmenes, a sus sensibilidades, a los modos de hacerse visible.

Entonces, la gestión de lo posible atraviesa el cuerpo. Ahora bien, esa gestión no alude a las meras capacidades musculares o cinéticas atribuidas a los diferentes cuerpos (de mujeres, de niños, de niñas, de ancianos, etcétera) a través de la historia, sino que implica cuestiones éticas y políticas para nada despreciables: lo que el cuerpo puede hacer así como lo que no, es expresión encarnada de jerarquías

3 Representaciones e Imaginarios Sociales del Cuerpo en Jóvenes Estudiantes de 4° y 5° ciclo escolar. Responsable Académico IDEP: Jorge A. Palacio C. Bogotá.

4 Coincidimos aquí con la expresión de Guattari y Ronik en *Micropolíticas del deseo* (2006). Para estos autores la materia prima de cualquier tipo de producción, se refiere a las subjetividades. Así, el capitalismo requiere de ciertas subjetividades, esto es, de ciertos modos de semiotizar la cotidianidad. Y para proveerse de ellas, despliega diversos procesos. Vale decir que esa semiotización se refiere al modo como se designa la diferencia, por ejemplo, al proceso a través del cual se establecen los “tipos” de personas que cada uno encuentra en sus relaciones cotidianas, así como a los significados que se les atribuyen, las expectativas que generan y los atributos que poseen: los “pobres” no se definen sólo por su nivel de ingresos, sino que, al nombrarlos, se les atribuye una serie de características que no sólo aluden a lo que supuestamente “son”, sino, sobre todo, a lo que “deberían ser”, incluso en la bibliografía especializada. Representaciones e Imaginarios Sociales del Cuerpo en Jóvenes Estudiantes de 4° y 5° ciclo escolar. Responsable Académico IDEP: Jorge A. Palacio C. Bogotá.

sociales, de modos de explotación y de segregación, pero también de búsqueda, de invención y de resistencia. La tensión entre “el poder hacer” del cuerpo y “el deber” de su ser, se dibuja también por sus superficies y no sólo se hunde en las conciencias e inconciencias, sino que se comunica, se intercepta, lucha y se hace colaboración. El siguiente artículo presta atención a este universo de tensiones y complicidades.

Estrategia metodológica

Para captar las lógicas de la apariencia que los estudiantes de los colegios participantes en el proceso de investigación desarrollan, se llevaron a cabo ejercicios de videografía en los que los grupos de trabajo realizaron videos sobre los estereotipos y las estrategias de presentación de sí. A partir de esta mediación se logró abordar las estéticas y éticas en juego para la categoría apariencias. Además se desarrollaron varias entrevistas semiestructuradas que permitieron profundizar en los aspectos considerados necesarios por el equipo investigador. Se realizaron seis videografías (dos videografías por cada institución educativa: una por el ciclo 4 y otra por el ciclo 5). En estos grupos participaron entre 4 y 6 hombres y 4 y 6 mujeres jóvenes. Desarrollaron este ejercicio 24 jóvenes.

Las videografías se definen como la construcción de narrativas a través de una mediación, el lenguaje audiovisual. Dado que esta mediación permitió la exploración de la categoría a través de otro lenguaje, las narrativas se constituyeron en una oportunidad para explorar las dimensiones estéticas, éticas y políticas (en el sentido de relaciones de poder) de los modos como unos y otros se presentan a sí mismos en el contexto escolar (esto es, en tensión con las culturas hegemónicas-culturas parentales-culturas generacionales), así como las formas a través de las cuales se articulan las estrategias de lectura (es decir, de invención de categorías y de atribución de características propias de esas categorías) de las apariencias juveniles. Estos ejercicios se desarrollaron del siguiente modo:

1. Motivación y acercamiento al lenguaje audiovisual: se trata de realizar ejercicios que permitan explorar las posibilidades narrativas de este lenguaje. Para ello se construyen *storyboards* y se realizan ejercicios de cámara.
2. Reflexión narrativa sobre las apariencias: se propone al grupo que construya uno o dos videos (al corte, es decir, sin que medien procesos de edición) en torno a la categoría de análisis. Para ello, algunas preguntas guía son:

- a. ¿Qué tipo de jóvenes conoces?
- b. ¿Cómo se visten? ¿Qué accesorios usan?
- c. ¿Qué características personales tienen?
- d. Para vestir ¿tienes algún estilo? ¿Cuál?
- e. ¿Qué tipo de ropa te gusta usar? ¿Por qué?
- f. ¿Qué crees que piensan los demás de tu forma de vestir?
- g. ¿Qué quieres que piensen de ti los demás por tu forma de vestir?

3. Visualización del resultado y registro de las intencionalidades propuestas por los participantes.

Este proceso permitió identificar las relaciones y las atribuciones que se construyen desde las apariencias y los estereotipos.

Dimensión relacional: las pintas no son lo de menos

Entrevistador: ¿A qué se refieren cuando dicen que una persona es “guisa”⁵?

Mujer, 16 años: Más o menos hace referencia a las cocineras, normalmente uno intenta pordebajear⁶ a las personas, haciéndolas sentir muy inferiores a uno. Digamos, [tratándolas] como mesera o cocinera, que es algo muy inferior.

Mujer N°2, 16 años: Pues, la verdad, yo creo que no utilizo esa palabra. Pero creo que es algo, como dice ella, para pordebajear a una persona que se ve diferente, que no es igual a uno, que tal vez ella se ve bien, pero a uno le parece que se ve mal, entonces le dicen “guisa”, le dicen que se ve mal, que se ve sucia, eso significa guisa.

En primer lugar, el cuerpo no se entiende como un lienzo, como un objeto pasivo que “recibe” una forma cultural, o lo que es lo mismo, este no es mero traductor de lógicas sociales, en movimiento y sensibilidad. No se trata de una “interfaz” que articula la materialidad con el universo de las ideas, donde el cuerpo es el objeto que recibe significados predeterminados y los metaboliza, sintetiza y expulsa. El cuerpo, más que un receptor, es una forma compuesta por, y formadora de, relaciones de fuerza. Se trata de lo que Sánchez-Criado (2008) denomina como

5 “Guisa” es sinónimo de sirvienta. Se asocia también con el guiso de cocina, con su olor y con el trabajo allí.

6 Colocar por debajo, en el sentido de insultar y de referirse a otro como una persona “inferior” social y moralmente.

heterogénesis y ecologías en la construcción mutua del cuerpo. Aquí la cuestión no es qué es el cuerpo (como una cosa definible), sino qué puede hacer este, lo que termina siendo, cómo se vincula el cuerpo: las posibilidades corporales se constituyen por las redes de vínculos en las que participa, lo que coloca a la apariencia en un lugar clave para comprender las relaciones de fuerza que son esencialmente vinculantes.

El análisis del cuerpo es el de sus prácticas, entendidas como mediaciones, como potencialidades, como posibilidades que se originan en los vínculos: “dicho en positivo, cómo se vincula y con qué se vincula un cuerpo definen lo que es un cuerpo” (Sánchez-Criado, 2008, p. 287). Se trata de un cuerpo en, y de, la práctica y la acción.

Entrevistador: ¿Qué da esa apariencia de guiso?

Mujer, 16 años: Por su apariencia, son las típicas niñas que [van] con sus ombligueras, como que [van] mega-entubadas⁷, que resultan como salchichas rellenas⁸. Su maquillaje es sucio, ¿si me entiende?, como muy loba⁹. Se nota en sus peinados que son como si tuviera una miscelánea en la cabeza, llena de hebillas, de moñas, de todo.

Mujer N° 2, 16 años: y el hablado.

Mujer, 16 años: También la forma en que se expresan.

Entrevistador: ¿Sí? ¿La forma de expresarse? ¿Cómo es un hablado “guiso”?

Mujer, 16 años: Cuando gritan, nada más uno grita, y ya, es eso, eres una guisa ¿ya? Que comienza a hacer bulla, eso es, como bandera¹⁰ ¿sí?

Mujer N°2, 16 años: Se expresa muy vulgarmente hacia otra persona [sic], no puede hablar en forma decente, sino gritando, diciendo groserías, insultando de una vez. Así sea entre amigos, pero va hablando así.

Ahora bien, a partir de aquí puede decirse que las apariencias se juegan en el terreno de los supuestos. Lo que se puede esperar de alguien vestido con corbata, difiere de lo que se esperaría de alguien en pantaloneta. De otro lado, el atuendo y la situación deberían coincidir, ¿esa corbata es adecuada para la cena de gala?, ¿tal pantaloneta es la correcta para el partido o para el juego? Esos supuestos son

7 La expresión “entubado” se refiere al ajuste de los pantalones en las piernas. Aquí se usa en forma ampliada para referirse a la ropa ajustada.

8 Se trata de alguien que se ve mal con ropa ajustada, pues se ve “apretada”.

9 Se refiere a “como una prostituta”, en todo caso, alguien que exagera su maquillaje para llamar la atención.

10 La expresión “bandera” se refiere a alguien que llama la atención, que es “colorida”, llamativa, expresiva.

formulados según lógicas sociales que operan en los terrenos de lo implícito y lo no consciente:

La sociedad establece los medios para categorizar a las personas y el complemento de atributos que se perciben como corrientes y naturales en los miembros de cada una de esas categorías. El medio social establece las categorías de personas que en él se pueden encontrar (...) Por consiguiente, es probable que al encontrarnos frente a un extraño las primeras apariencias nos permitan prever en qué categoría se halla y cuáles son sus atributos, es decir, su identidad social (...)

Apoyándonos en estas anticipaciones, las transformamos en expectativas normativas, en demandas rigurosamente presentadas (Goffman, 2008, p. 13-14).

Vale la pena destacar de esta aproximación dos aspectos claves. Primero: las categorizaciones generan expectativas, esto quiere decir que, de un cierto tipo de personas, se espera un tipo de comportamiento, de lenguaje, de silencios. A tales expectativas Goffman las denomina identidad social virtual, aludiendo a que se trata de categorizaciones que operan de forma esencialista, esto es, cada categoría implica una “esencia” que define a todos los que a ella pertenecen y lo que puede esperarse de ellos, sin que exista una argumentación explícita. Segundo: a cada categoría corresponden ciertos atributos, que Goffman denomina identidad social real. Tenemos entonces, de un lado, las expectativas, y del otro, los atributos, todo ello operando en el terreno de los supuestos. De la coincidencia entre aquello que se atribuye a una categoría (el comportamiento esperado) y aquello que efectivamente se observa, depende que unos y otros se sientan cómodos o que se construyan estigmas, señalamientos que pueden llevar a la exclusión y al castigo social:

Por lo general, parece cierto que los miembros de una categoría social sustentan sólidamente un modelo de opinión que, según su parecer y el de otros sujetos, no les es directamente aplicable. Así, un hombre de negocios puede exigir una conducta femenina de las mujeres o una conducta ascética de los monjes y no concebirse a sí mismo como alguien que debe llevar a cabo estos estilos de conducta. La diferencia está entre llevar a cabo una norma y simplemente sustentarla. El problema del estigma no surge aquí, sino tan solo donde existe una expectativa difundida de que quienes pertenecen a una categoría dada deben no solo apoyar una norma particular, sino también llevarla a cabo (Goffman, 2008, p. 19).

Las apariencias, entendidas desde esta perspectiva, implican una dinámica de adecuaciones entre los atributos y las expectativas propias de cada categoría, con lo que está en juego, además, la “estima”, la posición social, la “aceptación” o el “rechazo”. Las apariencias comportan, entonces, costos y beneficios (para usar un lenguaje conductista-economicista) para las personas y los grupos, con lo que se entra de lleno en el terreno del cuerpo y de lo corporal, pues se trata de luchas en torno a cómo se lee el cuerpo, de qué tipo de lecturas se espera provocar y de qué tipo de reacciones se desea disfrutar. Pero ¿a qué nos referimos con la expresión “cómo se lee el cuerpo”?, pues precisamente a esa capacidad para identificar los símbolos que asocian a una persona con una cierta categoría y por tanto, con su papel esperado y sus atributos. El siguiente testimonio (obtenido a través del proceso de investigación que se lleva a cabo en la Universidad Pedagógica Nacional) puede ejemplificar lo que se pretende decir respecto de la apariencia y del cuerpo. Se trata de una entrevista realizada a una docente de 25 años que trabaja en el área de lenguas modernas en un colegio masculino y que recuerda algunas de sus experiencias en el instituto femenino donde cursó su bachillerato.

Mujer, 25 años: El temor de muchas niñas, en un [colegio] femenino, a correr, era porque estábamos desarrollándonos, entonces nos daba pena pues...

Entrevistador: de exponerse a la mirada...

Mujer, 25 años: Sí claro, el cuerpito, la mirada, entonces que no se podía [correr] con saco, sino solo con camiseta, pantaloneta, entonces era la pelea [porque] nosotras no queríamos mostrar las piernas, no queríamos mostrar el busto, entonces nos obligaban prácticamente a utilizar camiseta y pantaloneta hasta que hubo cierta revolución. Revolución no quiere decir anarquía [...] revolución quiere decir expresar con argumentación frente a lo que le digan a uno. [Les decíamos a los profesores]: “mira es por esto y esto, hay algo que se llama integridad y hay algo que se llama temor, pudor, entonces queremos que lo respeten”. Se pudo lograr algo, pero en fin, es igual.

Entrevistador: ¿[Ese temor, ese pudor] era ante sus propias compañeras o era porque había un posible público masculino viendo, por ejemplo, el profesor?

Mujer, 25 años: Pues el profesor, [lo que pasaba con el profesor] de educación física [era] que muchas niñas se sentían atraídas por él, [por la necesidad de] escape [que se vivía en el colegio]. No sé qué le veían pero se sentían atraídas por él. Pero entonces era también el pudor de no mostrarse a la compañera, muchas veces, hablémoslo abiertamente, el temor a que se empezaran a sentir atraídas por uno también [era lo que nos preocupaba].

Destaquemos que no se trataba de negociar el modo como se leen los cuerpos, esto es, de cuestionar los “deseos” que ellas provocaban, sino de confrontar la forma

como estos se exhibían, es decir, de evitar que se produjera cierta lectura de su apariencia, al parecer, inevitable.

En síntesis, la apariencia implica el modo como se despliegan supuestos, articulando categorías (constituídas por expectativas y atributos) y generando dinámicas de conflicto que operan en, por, y a través del cuerpo.

En este nivel relacional hay entonces, dos tipos de conflictos: los referidos a las expectativas y aquellos que se articulan en torno de los atributos. Los primeros se desarrollan desde la inadecuación de ciertos tipos de personas frente a las apariencias y comportamientos esperados. El apelativo “guiso”, así como los de “ñero” y “farandulero” (como se ampliará más adelante), se refieren a este tipo de conflictividad, más o menos intensa en los espacios escolares indagados. Una primera mirada conduce a plantear que no es despreciable: expresa fenómenos de exclusión en juego.

Entrevistador: ¿Qué es lo opuesto a guiso?

Hombre 16 años: Una persona decente,

Mujer 16 años: Un gomelo.

Mujer N° 2, 16 años: No un gomelo precisamente, sino una persona que se sepa expresar, que sepa hablar, que se vista bien, que sepa moderarse, que sepa caminar, que todo eso.

Entrevistador: Es decir, hay que aprender a caminar, a hablar, a moderar, pero ustedes piden mucho ¿no?

Mujer 16 años: No, o sea es la forma de ser.

Mujer N° 2, 16 años: Hay que ser damas, siempre. Saberse comportar ante la gente. Saber actuar ante la gente.

Mujer 16 años: Exacto, hay personas con las que digamos uno puede hablar de otra manera, hay personas con las que hay que comportarse, personas con las que hay que hablar bien. [Con ellas] no puede uno tomar un lenguaje vulgar para dirigirse, digamos para conseguir un trabajo, o sea, ¡cómo se va a dirigir uno a su próximo jefe, todo vulgar y decirle: ah, es que entonces no me va a dar [el trabajo] o qué!

Entrevistador: Pero, ¿guisa, es para mujer, no? ¿Hay guisos también?

Hombre 16 años: Ñero

Mujer 16 años: Ñero, o guiso, igual.

El segundo tipo de conflictos se refiere a la adecuación entre tipologías y atributos, más aún a las tensiones que se articulan sobre lo que los demás esperan de cada uno. Aquí existe un campo complejo de innovaciones y tensiones claves que se relacionan con las subjetividades encarnadas, con las posibilidades del propio cuerpo y con cierta confrontación respecto a las tipologías mismas. Estos conflictos se desarrollan a partir, y a través de la imperiosa tarea que la modernidad ha delegado a los sujetos: la de constituirse dándose sus propias reglas de legitimidad, tarea que se desarrolla en un escenario que, paradójicamente, se encuentra “híper controlado”, esto es, modulado¹¹.

Entrevistador: Pero, ¿por qué es importante ser diferente?

Mujer N° 2, 16 años: Yo pienso que es muy importante sobresalir ante algo, no como lo decía ahorita, no en una forma ridícula ni nada de esto, sino por otras cosas digamos como ser inteligente, como saber cómo expresarse ante la gente, yo creo que para casi todas las niñas es importante también sobresalir por su apariencia física, muchas intentan tener un estilo, obviamente todas las niñas tenemos un estilo diferente, por ejemplo a mí me gusta estar como siempre linda, como muy princesita ¿sí?

Entrevistador: Y si tuvieras que resumir tu estilo en una palabra ¿cuál sería?, ¿princesita?

Mujer N° 2, 16 años: No. Me refería a princesita pues porque ya normalmente ya ninguna niña quiere sobresalir de esa manera. Cuando ya todo el mundo se dispersa con su estilo, que dicen “yo voy para allá” o, “yo voy para acá”, o, “yo voy por ese otro lado”, somos muy pocos los que quedamos en el centro. Yo me considero que soy una persona normal, esto, somos muy pocos los que quedamos con estilo normal, como que siempre.

Entrevistador: ¿Cómo es el estilo normal?

Mujer N° 2, 16 años: Pues en mi caso me gusta siempre verme elegante, formal, presentada, así esté en miércoles y esté lloviendo, no me importa, siempre verme presentada y que si llega no sé quién, alguien importante pues no diga: “Ay no, esta niña se ve mal”. No; siempre estar presentada, por ejemplo a mí me molestan porque me maquillo ¿sí? Dicen: “Tan joven para maquillarse”. Pero yo no soy que me vea redundante [exagerada] ¿sí? que me desfase en maquillaje. No, normal, siempre es estar bien presentado y ya. Y ya uno sobresale porque ya no hay tantos como uno, ya no hay tanta gente así, pues a mí me gusta lo femenino, me gusta verme linda, siempre muy damita. Y no es que yo discrimine, simplemente no me gustan los tenis gruesos, eso no me gusta en una mujer, entonces en ese sentido uno sobresale siempre por eso.

11 Sobre los alcances de esta modulación de discutirá más adelante.

Entrevistador: Entonces “damita”, “princesa”, “normal”, esas serían las palabras que repetiste, ¿te gusta verte así? ¿Eso tiene o genera algún efecto en las personas que te rodean?

Mujer N° 2, 16 años: Sí, pues generalmente siempre uno se presenta muy agradable ante ellos. Para otras personas, uno es creído o dicen: “esa niña, no sé, que se las viene a dar aquí que es mucho”, bueno, que no sé qué, que es diferente. Cada quien maneja un criterio muy distinto, y pues lo importante siempre es saberlo llevar, siempre es saber manejar, es decir que si a mí me dicen gomelita o princesita, yo no me voy a poner a decir: “¡ay no!, tenaz”, porque yo sé lo que soy, lo tengo muy claro, no me afecta en lo más mínimo lo que digan. Obviamente es importante lo que piensen las personas de mí, pero no personas comunes, me importa lo que piense el profesor, lo que piense el rector, lo que piense alguien que tenga un mayor rango que el mío. Porque es por ellos por quien yo voy a progresar, no por alguien que esté a mi mismo nivel, porque no me va ayudar en nada o es muy poco lo que me va a ayudar. Entonces de esas personas me importa lo que piensen e intento siempre para esa persona ser mejor. Pero para el resto, obviamente siempre mantener una imagen de una persona decente, pero no es que me afecte lo que digan o algo así. Porque yo sé que muchos tienen de mí un criterio feo, pero pues ya.

Estas dos series de conflicto aluden a dos dimensiones de las múltiples prácticas corporales asociadas a la presencia, al modo de “hacerse presente” ante los demás, un modo que se encuentra fuertemente asociado a las construcciones identitarias, a las formas de autodefinirse. Pero se requiere de un esfuerzo por ampliar la perspectiva para colocar estas observaciones en un contexto adecuado: en primer lugar, algunas referencias a la historia de la belleza en Occidente, que aluden a las profundas transformaciones socio-psicológicas que han ocurrido en torno a las transformaciones de los modelos corporales. En segundo lugar, una discusión sobre los alcances del poder entendido como modulación, y por último, la pertinencia epistemológica, ética y política de las apariencias para abordar la comprensión de las formaciones sociales contemporáneas.

Estéticas de los poderes y las resistencias

La regulación de lo posible, tan cara a la construcción del cuerpo, es una tarea constante de las dinámicas culturales y de poder. Foucault (2006a) lo advierte en Seguridad, territorio y nación. Para él los dispositivos de seguridad se caracterizan por ubicar en un territorio las series de acontecimientos posibles. Esas series, son en consecuencia, definidas y administradas a través de la planeación, de la anticipación, del esfuerzo por contener lo imprevisible, el poder de la seguridad. Se trata de la creación de un medio, de un lugar donde el cálculo de las probabilidades toma la batuta y se convierte en mecanismo de administración.

En este sentido, vale decir que Foucault (2006a, 2006b) define el poder como acción sobre acciones posibles, como esa capacidad para orientar las conductas posibles de los demás:

...lo que define una relación de poder es un modo de acción que no actúa directa e inmediatamente sobre otros. En cambio actúa sobre sus acciones: una acción sobre una acción, sobre acciones existentes o sobre aquellas que pueden surgir en el presente o en el futuro. (Foucault, 1991, p. 84)

Foucault distingue entre el uso de la violencia, la obtención de consenso y el poder. Este último puede emplear a los primeros, pero, insiste, ni el uno, ni el otro, se deben confundir con las relaciones de poder:

En sí mismo el ejercicio del poder no es violencia ni tampoco un consentimiento que implícitamente, sea renovable. Es una estructura total de acciones posibles; incita, induce, seduce, vuelve más fácil o más difícil: en el límite constriñe o prohíbe absolutamente; sin embargo es siempre una manera de actuar sobre un sujeto o unos sujetos actuantes en virtud de su actuación o de su capacidad de acción. Un juego de acciones sobre otras acciones (Foucault, 1991, p. 85).

En esta perspectiva, Foucault entiende el poder como ejercicio del gobierno, en un amplio sentido, como guía de la posibilidad de conducta:

Gobernar en este sentido, es estructurar el posible campo de acción de otros. La relación propia del poder no debería por lo tanto buscarse del lado de la violencia o de la lucha, ni tampoco de la unión voluntaria (pues, a lo más, en el mejor de los casos, son sólo instrumentos del poder), sino más bien en el área del modo singular de acción (ni lo belicoso, ni lo jurídico) que es el gobierno (Foucault, 1991, p. 86).

Ahora bien, dado que se trata de sujetos actuantes, no está de más plantear que se trata de sujetos que cuentan con posibilidades de acción (lo que implica contar con recursos para ella), hecho que remite a la cuestión de la libertad. De ahí que las relaciones de poder/resistencia no sean necesariamente opuestas entre sí. Desde esta perspectiva, libertad y poder no se oponen, sino que se relacionan en forma compleja, es decir, se incitan mutuamente, aun cuando no se determinen entre sí. Dicho de otro modo, su relación no explica lo que el poder y la libertad significan cada uno en sí mismo, pero, al mismo tiempo, no puede abordarse ni la una ni el otro sin pensar sus tensiones, complicidades y rechazos.

El poder se ejerce sólo entre sujetos libres, y solamente en la medida en que ellos son libres. Con esto queremos decir, sujetos individuales o colectivos que están enfrentados con un campo de posibilidades en el que puedan rea-

lizar diversas formas de conducirse, diversas reacciones y diversos comportamientos. Donde los factores determinantes saturan el todo, no existe relación de poder (...). Por consiguiente no hay una confrontación cara a cara entre el poder y la libertad que sea mutuamente excluyente (la libertad desaparece donde se ejerce poder), sino una influencia recíproca mucho más complicada. En este juego, la libertad puede muy bien aparecer como la condición para el ejercicio del poder (Foucault, 1991, p. 87).

De ahí que no puedan existir relaciones de poder si, al mismo tiempo, desaparece la posibilidad de desobedecerlas, de rechazarlas, de colocarlas en duda. Esta perspectiva ha llevado a Esposito (2006) a plantear que las relaciones de poder implican la producción¹² de sujetos libres. En esta dirección puede decirse que en el mundo contemporáneo se ha producido una potenciación mutua entre los sujetos y el poder. Del primero como objeto de su propia sumisión. Del segundo, potenciando lo que somete. En otras palabras, para que se ejerza eficientemente, el poder se ha esforzado en potenciar al sujeto al cual se le solicita sumisión:

"Por lo demás, el poder no sólo debe presuponer, sino también producir, las condiciones de libertad de los sujetos a quienes se aplica, si quiere estimular la acción de estos. Pero —y aquí el discurso de Foucault tensa al máximo su extensión semántica, casi hasta chocar contra sí mismo—, si somos libres por el poder, podremos serlo también en su contra" (Esposito, 2006, p. 62¹³).

Foucault plantea que donde hay poder, existe resistencia, lo que no significa que esta se encuentre sometida desde siempre al primero, significa que el poder requiere de un punto de confrontación con el cual medirse en una relación sin resultado definitivo. "Según parece, para fortalecerse, el poder deberá dividirse y luchar contra sí mismo continuamente. O producir una saliente que lo arrastre donde no estaba. Esta línea de fractura, o saliente, es la vida misma. Ella es el lugar —a la vez objeto y sujeto— de la resistencia" (Esposito, 2006 p.63). Puede decirse que la potenciación del sujeto en tanto que libre se refiere, de un lado, a la constitución de universos de posibilidades para este (de medios controlados de posibilidades preestablecidas); del otro, a la interpelación de los sujetos como libres¹⁴, esto es, a un modo de interrogar a los sujetos que conduce a que estos se piensen y se sientan según ciertos términos preestablecidos, en este caso, para que se sientan

12 Aquí se opone la producción del sujeto, a la noción de que este es dado. Esta última noción —la de un sujeto dado— implica que el sujeto cuenta con unas características ahistóricas, por ejemplo, las condiciones psicológicas innatas, condiciones que cada cultura llenará de contenido a través del proceso de socialización. Foucault (1991), Guattari y Rolnik (2006) y Deleuze y Guattari (2003), coinciden en este punto: el sujeto en tanto que es producido, supone la generación de todas las características y no el aprovechamiento de algunas predeterminadas.

13 Resaltado en el original.

y se piensan como libres según una codificación de la libertad que la reduce a la posibilidad de elegir y al hecho de no ser obligado¹⁵.

En efecto, al tratar de dar cuenta de “nosotros”, de describirnos, de abordar nuestras motivaciones, debemos recurrir a términos que no hemos inventado, que en cierto sentido, no nos pertenecen, debemos acogernos a una interpelación; términos que al ser aplicables a cualquiera, hacen que el sujeto hablante sea sustituible¹⁶ y que su experiencia sea a la vez comunicable e incommunicable. Comunicable en tanto remite a un medio común y a unas posibilidades comunes. Incommunicable, pues las experiencias desbordan las posibilidades del lenguaje. En consecuencia, para hablar de sí mismo, el sujeto se encuentra desposeído, pues en su propia constitución queda atrapado en el Otro, en el lenguaje y en la normas sociales a través de las cuales solo podrá brindar una imagen aproximada de lo que le ocurre (Butler, 2009).

Así, el cuerpo como acción, que ha sido producido a través de, y que produce relaciones de fuerza (relaciones que se concretan en la potenciación y regulación de lo posible), requerirá de lugares de abordaje capaces de dar cuenta de su potencialidad, de su capacidad, de su heterogénesis: las apariencias, se entienden como uno más de esos territorios que interpelan a los sujetos.

Con estos elementos nos encontramos ante la necesidad de problematizar las apariencias en las sociedades contemporáneas, aquellas que Deleuze ha denominado como “de control”.

De acuerdo con Deleuze las sociedades disciplinarias analizadas por Foucault operan mediante grandes centros de encierro, de modo que el individuo pasa de un círculo cerrado a otro (familia, escuela, cuartel, fábrica). “Foucault ha analizado a la perfección el proyecto ideal de los centros de encierro, especialmente visible en las fábricas: concentrar, repartir en el espacio, ordenar en el tiempo, componer en el espacio-tiempo una fuerza productiva cuyo efecto debe superar la suma de las fuerzas componentes” (Deleuze, 2006, p. 277-278).

Todos los centros de encierro atraviesan hoy una crisis, de modo que los políticos y las instituciones se esfuerzan por reformarlos: “Solamente se pretende gestionar su agonía y mantener a la gente ocupada mientras se instalan esas nuevas fuer-

15 Monserrat Garcelán critica agudamente la forma como el liberalismo ha construido y potenciado este tipo de libertad: “...el discurso de la libertad garantiza la constitución de individuos que interioricen el principio de su responsabilidad y de su conciencia y a los cuales, por lo tanto, les será exigible la conformidad con una serie de códigos que presuntamente provienen de sí mismos. La socialización de ese discurso y la formación del ‘yo’ a través de la educación sería la mejor garantía de la sumisión” (2009, p. 41).

16 Sustituible porque al decir “yo”, en un nivel del lenguaje, este se referirá a aquel que habla, pero en otro nivel, ese “yo” se refiere a cualquiera. Con lo que mi historia, sea a la vez mía y de cualquier otro que desee usarla.

zas que están llamando a nuestras puertas. Se trata de las sociedades de control, que están sustituyendo a las disciplinarias. “Control” es el nombre propuesto por Burroughs para designar al nuevo monstruo que Foucault reconoció como nuestro futuro inmediato. También Paul Virilio ha analizado continuamente las formas ultrarrápidas que adopta el control ‘al aire libre’”, señala Deleuze (2006, p. 278).

Mientras que los encierros son moldes, esto es, “moldeados” diferentes¹⁷, los controles operan por modulación. Los encierros son variables independientes, pues en cada uno de ellos se empieza de cero aun cuando exista un lenguaje común a todos, esto es, un lenguaje analógico¹⁸. En las sociedades de control, existen “controlatorios” que no son variables independientes, son simultáneos y operan a través de una geometría variable con un lenguaje numérico. Estos controlatorios se desarrollan por modulación, una suerte de autodeformación que cambia a cada instante. Ejemplo de todo ello, los salarios:

La fábrica era un cuerpo cuyas fuerzas interiores debían alcanzar un punto de equilibrio, lo más alto posible para la producción, lo más bajo posible para los salarios; en una sociedad de control, la fábrica es sustituida por la empresa, y la empresa es un alma, es etérea. Es cierto que ya la fábrica utilizaba el sistema de primas y los incentivos, pero la empresa se esfuerza con mayor profundidad para imponer una modulación al salario, en estados siempre metaestables que admiten confrontaciones, concursos y premios extremadamente cómicos (Deleuze, 2006, p. 279-280).

No se trata de obtener un salario fijo por cumplir con unas tareas en un período de tiempo, sino de obtener unos honorarios según la productividad del trabajo: comisiones por ventas, cumplimiento de metas, competencia entre equipos de trabajo, al punto que cada uno se gana lo que se merece. De este modo cada quien se autodeforma, se modula en relación con el trabajo y con la empresa según una lógica de incentivos. Esta lógica renueva la de la fábrica:

La fábrica hacía de los individuos un cuerpo, con la doble ventaja de que, de este modo, el patrono podía vigilar cada uno de los elementos que formaban la masa y los sindicatos podían movilizar a toda una masa de resistentes. La empresa, en cambio, instituye entre los individuos una rivalidad interminable a modo de sana competición, como una motivación excelente que contrapone

17 Mientras el encierro moldea (da forma), el controlatorio modula, organiza lo posible a través de operaciones sobre el deseo.

18 Se pasa de la escuela al cuartel o de este a la fábrica. En cada caso se reinicia el proceso, análogamente al anterior. Aquí es crucial el paso de un encierro a otro. En las sociedades de control esos “espacios” denominados controlatorios operan simultáneamente en la experiencia individual.

unos individuos a otros y atraviesa a cada uno de ellos, dividiéndolos interiormente (Deleuze, 2006, p. 280).

En la sociedad del control, esa modulación del salario y de la empresa, coexiste con otros estados metaestables, formas de competencia que se regulan según incentivos, de los cuales no se conoce el resultado aun cuando garantiza unos modos de comportamiento y unas formas de obtención de ganancias:

En las sociedades disciplinarias siempre había que volver a empezar (terminada la escuela, empieza el cuartel, después de este viene la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada: la empresa, la formación o el servicio son estados metaestables y coexistentes de una misma modulación, una especie de deformador universal (Deleuze, 2006, p. 280).

El individuo (el in-diviso) deviene en diviso (fragmentado, dividido), mientras que las masas se convierten en indicadores, datos, mercados y bancos de datos. En las sociedades disciplinarias, se marca al individuo, de modo que su número indica su posición en la masa, así que el poder es al mismo tiempo masificador e individualizante, esto es, que forma un cuerpo con aquellos sobre quienes se ejerce, moldeando la individualidad de cada uno de sus miembros.

En cambio, en las sociedades de control, lo esencial ya no es una marca ni un número, sino una cifra: la cifra es una contraseña [mot de passe], en tanto que las sociedades disciplinarias están reguladas mediante consignas [mots d'ordre] (tanto desde el punto de vista de la integración como desde el punto de vista de la resistencia a la integración). El lenguaje numérico de control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. Ya no estamos ante el par 'individuo-masa'. Los individuos han devenido 'dividuales' y las masas se han convertido en indicadores, datos, mercados o 'bancos' (Deleuze, 2006, p. 281).

Las cifras, las contraseñas que caracterizan a las sociedades de control, posibilitan o inhiben el acceso a los "lugares": contraseñas para ingresar a cajeros automáticos, a edificios "inteligentes", a universidades, a servicios médicos. De ahí que el poder sea capaz de organizar las fronteras espaciales y virtuales, así como de definir el tipo de personas (de individuales) que pueden acceder a ellos, en qué momentos y con qué propósitos. "El hombre de la disciplina era un productor discontinuo de energía, pero el hombre del control es más bien ondulatorio, permanece en órbita, suspendido sobre una onda continua. El surf desplaza en todo lugar a los antiguos deportes" (Deleuze, 2006, p. 282).

Según Deleuze, es posible encontrar correspondencias entre los tipos de máquinas y las sociedades que las producen, en tanto que las primeras expresan las formaciones sociales que las han originado:

Las antiguas sociedades de soberanía operaban con máquinas simples, palancas, poleas, relojes; las sociedades disciplinarias posteriores se equipararon con máquinas energéticas, con el riesgo pasivo de la entropía y el riesgo activo del sabotaje; las sociedades de control actúan mediante máquinas informáticas y ordenadores cuyo riesgo pasivo son las interferencias y cuyo riesgo activo son la piratería y la inoculación de virus. No es solamente una evolución tecnológica, es una profunda mutación del capitalismo. Una mutación ya bien conocida y que puede resumirse de este modo: el capitalismo del siglo XXI es un capitalismo de concentración, tanto en cuanto a la producción como en cuanto a la propiedad (Deleuze, 2006, p. 282).

Así, la producción se ha relegado al tercer mundo. Se trata de un capitalismo de superproducción: ya no compra materias primas ni vende productos, ahora vende servicios y compra acciones. No es un capitalismo de producción, sino de productos, de mercados; la empresa se dispersa y se constituye por gestores. “La familia, la escuela, el ejército, la fábrica ya no son medios analógicos distintos que convergen en un mismo propietario, ya sea el Estado o la iniciativa privada, sino que se han convertido en figuras cifradas, deformables y transformables, de una misma empresa que ya sólo tiene gestores” (Deleuze, 2006, p. 283).

Estos gestores operan por incentivos en los controlatorios, de modo que el poder se transforma: más que disciplinar a individuos, induce, seduce, promete, en una palabra, modula, a través de geometrías (dimensiones espaciales interconectadas y simultáneas) y de contraseñas que producen tipologías de las “dividualidades”, tipologías que se siguen articulando según expectativas y atributos.

Un mercado se conquista cuando se adquiere su control, no mediante la formación de una disciplina; se conquista cuando se pueden fijar los precios, no cuando se abaratan los costes de producción; se conquista mediante la transformación de los productos, no mediante la especialización de la producción. La corrupción se eleva entonces a una nueva potencia. El departamento de ventas se ha convertido en el centro, en el “alma”, lo que supone una de las noticias más terribles del mundo (Deleuze, 2006, p. 283).

En este escenario, el hombre ya no está encerrado sino endeudado y el mercadeo deviene en instrumento de control social. “El control se ejerce a corto plazo y mediante una rotación rápida, aunque también de forma continua e ilimitada, mientras que la disciplina tenía una larga duración, infinita y discontinua” (Deleuze, 2006, p. 284).

En este mundo del *surf*, *twitter* y *facebook* se constituyen en algunas de las olas que los “dividuos” pretenden atravesar: un mar continuo de información, de exhibición y de exaltación del yo, una conexión que demanda de la inmediatez y que

juega con las contraseñas que los sujetos se otorgan entre sí, esto es, quiénes son excluidos de los muros, de los grupos, de las posibilidades de comunicación.

Toda esta diatriba señala un aspecto clave de la relación entre el poder y las apariencias: estas no sólo se digitalizan (con su multitud de fotos en muros y perfiles), sino que se convierten en contraseñas, en claves de ingreso a ciertos espacios, a ciertos círculos de amigos, a ciertas comunidades, de ahí que sea necesario cuidarse de las calificaciones que cada uno recibe y aquí aparece una catalogación que vale la pena recordar:

Entrevistador: ¿Ficticio? ¿Qué es ficticio?

Mujer 16 años: Quiere mostrar más...

Mujer N° 2, 16 años: Que tiene que sobresalir para que la gente lo vea, tiene que hacer cosas absurdas para que uno diga: “ah, mire allá esta tal persona”. Tiene que comportarse de una manera que uno dice: “¿Pero, por qué te comportas de esa forma si ya tienes una edad?, o sea, yo sé que la edad no hace la madurez, pero si ya tienes por ahí 16 años, tienes que tener claro qué quieres, cómo quieres que te vean, cómo quieres actuar en la vida, pero si te pones a gritar, si te pones a saltar para que te vean eso ya es una persona muy ficticia.

Hombre 16 años: Por ejemplo yo le digo ficticio a unas personas que aparentan que han vivido muchas cosas, que han hecho y han deshecho y que tal, y a la hora del veinte¹⁹ uno se pone a hablar con ellos y les pregunta uno de esas cosas y se da cuenta que inventan cosas. Por ejemplo yo me he puesto a hablar con mucha gente de experiencias que yo he vivido y la gente “ah, yo también y tal”, o dicen “es que yo también he hecho esas cosas y tal”. Y yo: “si parece²⁰ entonces, usted ¿cómo hace? Y tal y tal”. Uno los escucha “Ah sí parcero, bueno sí”. Listo. Pero es que no saben lo que hablan, no saben qué es en realidad eso, entonces es ficticio.

El ficticio, aquel que aparenta, no sólo se reconoce por cómo habla, sino por el modo de llevar su ropa y sus accesorios: su modo de estar a la moda devela que no sabe cómo estar a la moda, su estilo es equivocado.

Así como la subjetividad es necesariamente *embodied*, encarnada en un cuerpo; también es siempre *embedded*, embebida en una cultura intersubjetiva. Ciertas características biológicas trazan y delimitan el horizonte de posibilidades en la vida de cada individuo, pero es mucho lo que esas fuerzas dejan abierto e indeterminado. Y es innegable que nuestra experiencia también está

19 A la hora de la verdad.

20 Parce, parcero, amigo.

modulada por la interacción con los otros y con el mundo. Por eso, resulta fundamental la influencia de la cultura sobre lo que se es. Y cuando ocurren cambios en esas posibilidades de interacción y en esas presiones culturales, el campo de la experiencia subjetiva también se altera, en un juego por demás complejo, múltiple y abierto (Sibilia, 2009, p. 20).

Sibilia (2009) define la subjetividad como formas de ser y estar en el mundo. Dichas formas se han transformado a partir de las dinámicas propiciadas por la Internet, por las nuevas formas de narrarse, de constituirse en un “yo” (narrado y reconocido por los demás como tal). Tales dinámicas se refieren también a otras dinámicas de negocio y de “explotación” de las capacidades humanas:

Pero los ejemplos son innumerables y de los más variados. Ese esquema que combina, por un lado, una convocatoria informal y espontánea a los usuarios para ‘compartir’ sus invenciones y, por el otro, las formalidades del pago en dinero por parte de las grandes empresas, parece ser ‘el espíritu del negocio’ en este nuevo régimen. La red social Facebook, por ejemplo, también decidió compensar monetariamente a quienes desarrollen recursos ‘innovadores y sorprendentes’ para incorporar al sistema. Por eso, diseñar pequeños programas y otras herramientas para ese sitio se transformó en una auspiciosa actividad económica, que incluso llegó a motivar la apertura de cursos específicos en institutos y universidades como la prestigiosa Stanford (Sibilia, 2009, p. 23).

En este escenario, la “intimidad” se transforma, lo “íntimo” se exhibe, convertido ahora en “extimidad”.

En este siglo XXI que está comenzando, en cambio, se convoca a las personalidades para que se muestren. La privatización de los espacios públicos es la otra cara de una creciente publicitación de lo privado, una sacudida capaz de hacer tambalear aquella diferenciación de ámbitos antes fundamental. En medio de los vertiginosos procesos de globalización de los mercados, en el seno de una sociedad altamente mediatizada, fascinada por la incitación a la visibilidad y por el imperio de las celebridades, se percibe un desplazamiento de aquella subjetividad ‘interiorizada’ hacia nuevas formas de autoconstrucción. En un esfuerzo por comprender estos fenómenos, algunos ensayistas aluden a la sociabilidad líquida o a la cultura somática de nuestro tiempo, donde aparece un tipo de yo más epidérmico y dúctil, que se exhibe en la superficie de la piel y de las pantallas. Se habla también de personalidades alterdirigidas y no más intdirigidas, construcciones de sí orientadas hacia la mirada ajena o exteriorizadas, no más introspectivas o intimistas. E incluso se analizan las diversas bioidentidades, desdoblamientos de un tipo de subjetividad que se apuntala en los rasgos biológicos o en el aspecto físico de

cada individuo. Por todo eso, ciertos usos de los blogs, fotologs, webcams y otras herramientas como MySpace y YouTube, serían estrategias que los sujetos contemporáneos en acción para responder a estas nuevas demandas socioculturales, balizando nuevas formas de ser y estar en el mundo (Sibilia, 2009, p. 27-28).

A este universo de relaciones complejas, se pueden articular los hallazgos de la investigación realizada.

Para terminar

En este punto, la distinción inicial de conflictos relacionales e identitarios, de aquellos que se originan en las expectativas (y que derivan en las estigmatizaciones y sus motivos) y los que se originan en los atributos (y que responden al problema de la aceptación ante sí y ante otros), encuentra un lugar de vinculación: el estilo. La búsqueda de una forma de ser diferente responde, al parecer, a esta lógica de las personalidades alterdirigidas (dirigidas por la mirada de otros).

En los testimonios citados, esta visibilidad es esencial en tanto responde a la lógica de la diferencia y de la autenticidad: no ser como otro, definirse, establecer un estilo propio. Sin embargo:

Entrevistador: ¿Cómo es tu estilo?

Mujer, 16 años: Yo pienso que tengo un estilo. No me visto diferente, pero sí pienso diferente, no me gusta decir por qué. Me considero normal, soy la típica niña risueña, que no le gustan los niños serios, que de lo mismo re-serios, se ven amargados. Me gusta el color azul y el verde, son como la armonía y la esperanza. No me gusta el color negro, porque es como un símbolo de la nada, que no hay nada.

Los estilos no necesariamente son creaciones individuales que apelan a la originalidad, de modo que se trata de estéticas compartidas, de emocionalidades relacionales. Cierto que los estilos se aglutinan en categorías y estereotipos, pero también es cierto que estos implican creaciones individuales. En este ir y venir entre categorizaciones y creaciones, la distinción individuo-persona a la que se aludió ya, adquiere interés: el individuo apela a diversas personas –máscaras– para expresarse, se inscribe en diversos órdenes estéticos y a partir de su participación en ellos, los anima, los re-crea, y si es el caso, los impugna para reinventarlos, reinventándose al mismo tiempo.

Tenemos dos lecturas que se tensionan entre sí. De un lado, la noción de la máscara, que opera bajo la lógica del velo, de mostrar y ocultar lo que conviene, velo que opera en el lazo social definido por las estéticas, por los modos de ser y sentir

juntos. Desde esta lectura, los estereotipos y las estigmatizaciones serían propios de una nueva sociabilidad, de un modo emergente de definir el vínculo social. Del otro, tenemos la construcción de la personalidad de forma alterdirigida, que se conecta con una cierta lógica de producción contemporánea.

Los estilos están en esta encrucijada, la de romper con las lógicas disciplinarias a través del juego de los velos –de no dejarse observar plenamente desde el panóptico– y la de participar en nuevas formas de exhibición-explotación:

Entrevistador: ¿Y en el colegio se alcanzan a notar esos estilos, o es muy difícil por el uniforme?

Mujer N° 4, 15 años: Sí, se notan, por el cabello, por la forma de peinarse.

Mujer N° 5, 15 años: En la forma como usan el uniforme, hay gente que utiliza la sudadera entubada, o que la utilizan normal. Hay quienes usan la falda cortica, o muy larga, o las medias arriba de la rodilla

Entrevistador: ¿Si la falda es larga?

Mujer N° 4, 15 años: Es una inocente.

Mujer N° 5, 15 años: A los hombres les gustan las mostronas.

Entrevistador: ¿Si la falda es cortica?

Mujer N° 4, 15 años: Es una mostrona.

Entrevistador: Los ñeros y las ñeras ¿cómo usan el uniforme?

Mujer N° 5, 15 años: La falda corta, las medias sobre la rodilla, usan jardinera, y el saco se lo colocan arriba, que se vea el peto de la jardinera, la parte de arriba, la sudadera mostrando el ombligo, el pantalón entubado.

Estas tensiones entre estilos, se introducen por las grietas de las dinámicas disciplinarias, lo que puede ser entendido como una forma de resistirse e incluso de zafarse de este tipo de poder.

Entrevistador: Entonces ¿el vestido refleja la forma de pensar de cada quién?

Mujer N° 6, 16 años: Pues no la forma de pensar, pero si la forma de ser.

Entrevistador: Explicame eso.

Mujer N° 6, 16 años: Si una persona se viste muy reservada, quiere decir que es alejada de los demás, pero si se viste descomplicada, es más amigable. Su manera de vestir no muestra cómo piensa: yo me puedo vestir como un flogger, pero pensar como un metalero, por ejemplo.

El modo como la entrevistada alude a la forma de vestir, mencionando que esta refleja el modo de ser y no el de pensar, implica una distinción clave: sugiere que el pensar no se relaciona con el ser. Invita a pensar sobre la importancia de lo que podríamos denominar como “emocional” para definirse y para establecer quiénes son los demás. Esta diferencia ¿hace eco de la sociedad del control, organizada por el mercadeo y desligada del contrato social racionalmente establecido? ¿Se trata de esa misma lógica que pretende hacer negocio de la creatividad personal, de su emocionalidad, de las características específicamente humanas? Pero la cuestión aún por definir, por saber, es si esas grietas en el orden disciplinario han sido reorganizadas en nuevas formas de control, de apropiación del cuerpo, que operan menos en la organización de sus fuerzas—elemento que al parecer se da por descontado— que en la organización de su “ser”.

Bibliografía

- Arboleda, R. (2009). El cuerpo: huellas del desplazamiento. El caso de Macondo. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Aurfuch, L. (2010). El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2009). Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castro-Gómez, S. (2009). Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930). Bogotá: Siglo del Hombre-Universidad Javeriana.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2003). Rizoma. Valencia: Pre-textos.
- Espósito, R. (2006). Bíos. Biopolítica y filosofía. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (1977). Historia de la sexualidad. 1. La Voluntad de Saber, México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1991). El sujeto y el poder. Bogotá: Carpe Diem.
- Foucault, M. (2006a). Seguridad, territorio y nación. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006b). La hermenéutica del sujeto. México: Fondo de Cultura Económica.
- Garcelán, M. (2009). Deseo (y) libertad. Una investigación sobre los presupuestos de la acción colectiva. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Goffman, E. (2008). Estigma. La identidad deteriorada. Amorrortu: Buenos Aires.

- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Montero, Y. (2006). *Televisión, valores y adolescencia*. Barcelona: Gedisa.
- Sánchez-Criado, T. (2008). ¿Cómo y con quién hablan los cuerpos? Cuerpos en acción desde un punto de vista co-constructivista. En: Marta Gil y Juanjo Cáceres (Coords.) *Cuerpos que hablan. Géneros, identidades y representaciones sociales*. Madrid: Montesinos.
- Sibilia, P. (2009). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Tarde, G. (2006). *Monadología y sociología*. Buenos Aires: Cactus.
- Uribe, J. y Acosta, J. (2012). Cuerpo: de cara a las políticas cotidianas de la apariencia. *Revista Lúdica Pedagógica*. Vol. 2, No. 17. P. 61-72.